
SANTA ROSA DE LIMA: VALORES Y VIRTUDES FUNDAMENTALES EN UNA FORMACIÓN DE CALIDAD

P. Milner Aguilar Berrospi

RESUMEN

Santa Rosa de Lima se presenta como un ideal cercano al hombre y a la mujer del siglo XXI porque consideramos que el corazón del ser humano es igual en todos los tiempos y, por lo tanto, es un corazón que sigue anhelando amor, felicidad, plenitud, belleza y esto es lo que significa fundamentalmente alcanzar la santidad. Por eso, la tesis de esta exposición es afirmar que la santidad es un llamado, un grito de la naturaleza humana. Este ideal de vida, posible también en la sociedad de hoy, se expresa bellamente por dos virtudes que nacen en el interior pero que luego tienen consecuencias transformantes hacia el exterior: la caridad y la oración. La caridad entendida como donación constante de mi persona por el bien de los demás, y la oración como una permanente posibilidad de descubrir mi propia originalidad en el encuentro con Dios.

PALABRAS CLAVE

Ideal, santidad, felicidad, amor, virtud, oración, caridad, espíritu.

ABSTRACT

Santa Rosa de Lima appears as an ideal close to man and woman of the XXI century considering the heart of every human is the same for all at all times, a heart that continues to desire love, happiness, plenitude, beauty and in essence this means to reach sanctity. For that reason, the thesis of this exposition is to affirm that sanctity is a call. This life ideal, also possible in today's society, is expressed beautifully by two virtues that are born in the inner self, and when expressed can cause a transformation: charity and prayer. Charity is understood as the constant, self-less giving of one's being for good of others, and praying is understood as the constant possibility of discovering my own originality by encountering God.

KEYWORDS

Ideal, sanctity, happiness, love, virtue, pray, charity, spirit.

Los santos no son pieza de museo, son personas que han realizado el ideal del Evangelio en los tiempos y las circunstancias que les tocó vivir. La razón que ha movido a la Iglesia a venerarlos –lo cual ha hecho desde sus comienzos– ha sido presentarnos personas, hombres y mujeres como nosotros, que han vivido en esta tierra, que no han sido ángeles ni han tenido cualidades y posibilidades casi sobrehumanas, sino personas comunes, que han ocupado en el mundo y en la Iglesia, los puestos más diversos, altos y bajos, sabios e ignorantes, fuertes y enfermizos, con mucha o poca cultura, niños, jóvenes y viejos, entre los cuales podemos encontrar personas como nosotros y aun inferiores en dotes humanas que han alcanzado la santidad, es decir, las más altas vivencias de virtudes y por tanto, parecidos a Cristo.

Hablando de rigor teológico, a los santos la Iglesia los canoniza, y esto es lo que significa la palabra canonizar, haciéndoles norma y regla y aplicación del Evangelio en el mundo que vivieron. Son, por lo tanto, ejemplo y estímulo para todos nosotros. Si ellos llegaron, también nosotros podemos llegar. En ese sentido, debemos decir que la santidad no significa hacer cosas extraordinarias y excepcionales, Santa Rosa no es santa por sus grandes milagros o por sus grandes penitencias y mortificaciones, que para el hombre de hoy podrían ser extrañas y hasta criticables. El santo no es un superhombre, el santo es simplemente un hombre verdadero, auténtico. Facundo Cabral decía en una ocasión “extraño al hombre”, es que a veces somos imágenes estereotipadas o formateadas

por la moda o el sistema. El santo es un hombre verdadero, porque se adhiere a Dios y, por ende, al ideal para el que ha sido forjado su corazón y que constituye su destino. La santidad es así reconocimiento operante, vigilante de la necesidad fundamental de todo hombre, la realización última del propio significado, como dice Luigi Giussani. Lo digo con otras palabras: la santidad es la realización plena de las expectativas más profundas del corazón humano. Por eso, afirmo que la santidad es una necesidad propia de la naturaleza humana.

Todos queremos ser felices, todos anhelamos realizarnos plenamente, eso es ser santo.

Hay dos virtudes que quisiera resaltar de Santa Rosa de Lima y que es en realidad el común denominador de todos los santos y de todos los hombres de Dios de todos los tiempos. Son: la virtud de la caridad y la virtud de la oración.

La caridad

Hablar de la caridad es hablar del amor. ¿De qué amor estamos hablando? No del amor barato de las telenovelas o de la farándula; no del amor ambulante y virtual de los que se conocen por el chat. Tampoco estamos hablando del amor inmaduro de ciertos adolescentes, ni tampoco del concepto de amor que tienen ciertas estrellas del cine y de la televisión cuyas opiniones aparecen en la revista del mes. Tampoco del amor irracional que se deja llevar por el sin sentido o el simple sentimentalismo.

En un ambiente creyente como el nuestro, debemos decir que nos referimos al amor verdadero y auténtico, el amor entendido en su máxima expresión. Al amor iluminado por la razón y que por lo mismo sabe entregarse y renunciar a sí mismo por el amado. Al amor que sabe esperar, que sabe ser tolerante y que se adecua a la circunstancia buscando por encima de todo el bien común. De allí que la carta que San Pablo dirigiera a los Corintios nos diga bellamente: “El amor es paciente y muestra comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo. No se alegra de lo injusto sino que se goza en la verdad. Perdura a pesar de todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo. El amor nunca pasará”.

Desde el punto de vista intelectual, la caridad es la búsqueda y la propagación de la verdad. Desde el punto de vista moral, la caridad siempre practica el bien y evita el mal. Desde el punto de vista social, la caridad busca siempre el bien común; y desde esta perspectiva, consuela, auxilia, socorre, atiende, acompaña, anima.

La caridad auténtica se ve bien, lo ama y lo practica. En ese sentido, la caridad unida a la razón es creación, es desarrollo, es conservación y perfección (*Caritas in Veritate*).

Esta es la caridad como virtud teologal que vivió y practicó Santa Rosa de Lima. Por eso en vida era una mujer excepcional, admirable por su amor al prójimo. Obviamente, esta expresión de caridad provenía del amor profundo a Dios que es la fuente misma del amor. De hecho ahora constatamos que tenemos la capacidad de amar sólo porque Dios nos ha amado primero.

En cuanto a la caridad, Rosa abrazó las tres esferas de aplicación antes mencionadas:

- La practicó respecto a los que carecían de la verdad: los ignorantes.
- La practicó respecto a los que la violaban: los pecadores.
- La practicó respecto a los necesitados: los pobres y enfermos.

Era su corazón un hospital universal, una fuente de consuelo, de socorro y de alegría. Con el permiso de su familia dispuso de un espacio de su casa para acoger dolientes, entre los que había esclavos, criadas y mujeres indígenas. Cuentan los testigos de su vida que además de ocuparse de la salud corporal de sus pacientes, los persuadía y alentaba a vivir las virtudes cristianas.

Un día su mamá le reprende de exagerar tanto en el cuidado de los enfermos y le invita a que mirase también por ella misma, por el peligro de contagio de alguna enfermedad. Ella respondió “mirando por los pobres, miro por mí, pues miro por Dios que está en el pobre y tengo yo en mi corazón a Dios”.

Visitaba los hospitales y a las mujeres más enfermas eran a las que más cuidaba. No contenta con esto salía por las calles en busca de un bien que hacer. En muchas ocasiones repetía: “Cuando servimos a los pobres y a los enfermos, servimos a Jesús”.

Como no extrañar este tipo de caridad aplicada a todas las esferas de la vida del hombre de hoy.

Resulta paradójico constatar, y esto lo saben los psicólogos y educadores modernos, que por un lado, la característica fundamental de la juventud es la generosidad, la apertura a lo sublime y a lo arduo, al compromiso concreto y decidido en cosas que valgan

la pena humana y sobrenaturalmente. La juventud está siempre en actitud de búsqueda, en marcha hacia las cumbres, hacia los ideales nobles, tratando de encontrar respuestas a las interrogantes que continuamente plantea la existencia humana y la vida espiritual.

Por otro lado, constatamos que el mundo de hoy con todas sus voces y ritmos nos hacen más egoístas, más ambiciosos, nos hacen más indiferentes, más individualistas; contrario a las aspiraciones más profundas de nuestro corazón.

Se puede decir con verdad que en estos tiempos de analfabetismo emocional y espiritual que afecta a las generaciones jóvenes, donde parece que el único axioma valedero y realista es "consumo, luego existo". En un clima así de cargado ustedes entenderán que no tiene espacio la caridad evangélica.

Un escritor antiguo dice casi proféticamente que en el futuro el protagonista de la historia será el que más ama, el que sabe encarnarse en todo hombre, en todo pueblo y exaltarlo en la visión del bien, de la caridad.

¿Qué es lo que falta para unir a toda la humanidad? La caridad como ciencia, la caridad como religión, la caridad como política, la caridad como bien social.

¿Cómo se posee la caridad? Si es una virtud teologal se posee en el trato directo y frecuente con Dios y en el ejercicio constante de desprendimiento y de generosidad. Ya que la caridad tiene estas repercusiones sociales y esta capacidad de transformar las cosas por dentro, por eso afirmo la necesidad de vivir esta virtud en el mundo de hoy y como respuesta a las expectativas más grande de nuestro corazón.

Necesitamos, decía el Papa, una razón iluminada por el corazón, para aprender a obrar según la verdad en la caridad.

A través de la caridad se humaniza el hombre. Esta es la misión del santo: humanizar el mundo.

La oración

Nos dice el catecismo universal en el N° 2559 citando a San Juan Damasceno, que la oración es la elevación del ama a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes.

Santa Teresita del Niño Jesús nos dice que la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría.

Por lo tanto, la verdadera vida espiritual no te aleja de la realidad sino que te introduce indefectiblemente en ella y te anima a transformarla desde dentro.

La oración no es sino colmar esa necesidad de interioridad que tiene todo ser humano, esa necesidad de volver a nuestra propia originalidad. Es el espacio y el ambiente en el que me encuentro con la verdad sobre mí mismo y la verdad sobre Dios. Aún más, es el encuentro con la Verdad misma. Yo creo que es una necesidad del corazón y por tanto, una necesidad de todo hombre.

La vida interior nos hace más reflexivos, más conscientes de lo que hacemos y vivimos, más atentos a las circunstancias gozosas y dolorosas y nos ayuda a saber interpretarlas correctamente desde el horizonte de la fe. La vida interior es el punto de equilibrio entre la vida psíquica y la vida corporal de todo hombre.

Desde el punto de vista filosófico: es la necesidad de objetivar la superabundancia del sujeto. Es esta necesidad que en Dios originó la creación y en el hombre todas sus producciones y especialmente, sus creaciones artísticas.

Cuando hablamos de la oración hablamos de la vida espiritual y cuando hablamos de la vida espiritual parece que hablamos de una cosa extraña, que es a lo mejor opuesta a la vida humana y hasta podemos referirnos a ella de manera despectiva porque consideramos que no tiene nada que ver con la realidad y sus interrogantes y necesidades.

Déjenme decirles que la espiritualidad es una necesidad en nuestras vidas. La Palabra espíritu viene del término Ruah, Pneuma, que puede traducirse como impulso, inspiración, aspiración, aliento, ánimo, motivación, sentido de vida. Que es lo espiritual entonces. Es aquello que nos alienta y nos inspira a hacer las cosas, a tomar decisiones, es algo que nos ayuda a vivir; puede ser una persona, un libro, una canción, una película. Qué quiere decir cuando digo estoy desanimado, significa estoy sin ánimo, sin aire, sin espíritu. No se necesita ser religioso ni creyente para saber que necesitamos motivaciones para vivir, el aliento para vivir. Por lo tanto, lo espiritual llena nuestra vida, es aquello que llena el corazón.

En nuestro lado católico lo que llenaba el corazón de los santos era el trato personal con Dios, esa relación auténtica con Dios era lo que les alentaba y los inspiraba a comprometerse para hacer un mundo más justo y fraterno, ese encuentro los motivaba a preocuparse por los más pobres y menesterosos. Por lo tanto, la verdadera vida espiritual no te aleja de la realidad sino que te introduce indefectiblemente en ella y te anima a transformarla desde dentro.

Algunos han criticado el deseo de Rosa de quedarse en su casa para dedicarse a la oración y contemplación, pero el corazón de Rosa, dilatado por la caridad de Dios, pensaba y se preocupaba por todos.

Lloraba por Chile, decía un cronista, por la indómita fiereza de sus hijos que rechazaban la fe. Pensaba en la China, en los pueblos de Asia y África; lloraba noche y día por las regiones donde imperaba la reforma protestante. Quiso ser misionera, quiso fundar una congregación misionera para convertir a los idólatras.

A los frailes dominicos les decía: "Id a predicar. Esto importa más que el estudio de la teología". Llevada por su ardor quiso estudiar la teología; pero para predicar y convertir a los paganos, quiso educar un niño, educándolo con limosnas para enviarlo a predicar.

Se ve pues, que a pesar de la soledad, vivía en el mundo para mejorar el mundo. Su soledad era la concentración de su fuerza para propagarla enseñada.

El hombre moderno se está privando de esta capacidad, estamos demasiado distraídos y dispersos. ¿Qué es el estrés moderno? Es solamente distracción. Queremos hacer tantas cosas y no identificamos qué es lo más importante.

Estamos perdiendo la capacidad de asombro y admiración; la capacidad de contemplar lo bello, lo verdadero y la bondad en las cosas ordinarias de cada día. Tenemos que rescatar al yo interior, de lo contrario corremos el riesgo de quedarnos vacíos y por ende, menos humanos.

Se cuenta que a pesar de sus ocupaciones Rosa pudo conquistar momentos para consagrarlos a la oración y a la contemplación. El filósofo Kant ha dicho que no hay espectáculo más bello que la contemplación del cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la conciencia del deber en nuestro interior. Rosa amaba contemplar el cielo despejado. No había para ella momento más alegre que cuando miraba las estrellas.

Sólo estas dos virtudes que acabo de desarrollar brevemente eran suficientes para embellecer extraordinariamente la personalidad y la figura de esta luminosa mujer. Todos los cronistas de la época hablaban de su belleza física, cosa que entiendo provenía más de su belleza interior. Es curioso que el hombre de hoy que no es nada virtuoso haya encontrado soluciones a esta carencia. Ha inventado las cremas, las pomadas, los polvos, tal vez para cubrir un poco nuestra fealdad interior.

Santa Rosa de Lima fallece un jueves 24 de agosto de 1617 a los 31 años de edad, pero su ejemplo y santidad han traspasado las fronteras del tiempo y del espacio. Sigue siendo para esta generación una fuente de inspiración y la santidad sigue siendo un llamado de la naturaleza humana a cuya voz hacemos poco caso, pero que sospecho es el único camino que hará posible una sociedad más justa y fraterna.

P. MILNER AGUILAR BERROSPI

Párroco de la Parroquia Inmaculada Concepción de Pucusana. Presidente de ACAMIFEYRA (Asociación Católica Misionera Fe y Razón). Profesor de Teología de la UNIFÉ. Rector del Seminario Diocesano Don Bosco. Docente universitario.